AÑO XXXIV — Nº 1698

EL DIA

MONTEVIDEO, AGOSTO 1º DE 1965

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



De nuestro campo típico

En la tarde de sol, a la sombra tenue de ese árbol que se reproduce y difunde sin que nadie le plante, y que es un oro cuando está florecido: el cina-cina, dos sufridos caballitos criollos descansan tras la dura jornada.



Una hermosa escena campera: el domador consigue que el potro no dé más corcovos y galope junto al caballo del "apadrinador".

EL CAMPO QUE SE FUE CON NUESTRA JUVENTUD

¡QUE campo tan campo era aquel campo sobre el que nosotros desplegamos las actividades más fecundas, hace medio siglo: el trabajo sobre la tierra! Para llegar al establecimiento donde estaban las invernadas y los planteles, era necesario dejar la casa de Montevideo a la hora 6 e invertir casi doce luego, con el adormeciente e interminable traqueteo del ferrocarril.

Total, dos centenares y medio de kilómetros que hoy recorre un auto por la carretera en unos centenares de minutos. Y como eran lentas las comunicaciones, era lento todo, ritmo que ahora — enloquecidos por el acelerado "vivir moderno" — parécenos, egoistamente, que representaba una gran ventaja y que todo cobraba, (¡oh, el espejismo de la distancia!) marcado sentido poético. Es el "cualquier tiempo pretérito", etc. ¡Cosas de la edad!

En Estación Corrales, donde nació el pueblo de Corrales, que ahora, en excelente desarrollo, se llama José Pedro Varela, esperábanos un peón, con el sulky. Sulky reforzado, tipo "changuero", como para cargar canastas, la jaula para aves o un corderito pronto para el asador, bien envuelto en una bolsa.

El sulky, con la valija y ilas provisiones, atravesaría paradisíacos campos, con alambrados por aquí y por allá, ostentando porteras rústicas, algunas con candados que el peón abría con alguna pachorra, pero con no escasa habilidad, pues había que ver lo que era acertar pronto con la llave en un manojo donde colgaban diez o doce.

Inútil que nosotros intentáramos saber lo que había pasado en la semana que duró nuestra ausencia.

—¿Anda todo bien por aquí?...

—Anda, sí señor.

—¿Corrió bien el tiempo?...

—Rigularcito.

—¿Y las majadas, se están componiendo?..

—Asigún.

—Pero... ¿sigue la mortandad de ovejas?..

—Alguna mortandad de ovejas hay, sí señor.

—¿Los vacunos están bien?...

—Los vacunos tan bien, sí señor.

Y nos venía la duda de si el paisano decía "tamb o "están bien".



Lo que solía ser un "casco" de estancia, con arbolado sumario, según se ve, hace medio siglo.



La balsa estaba generalizada, ya que eran muchos los lugares donde faltaban puentes para atravesar los ríos.

Por el estilo de este muchacho, ya con el asomo bigote sobre el labio, solían ser los compañeros: pa y vagos en las respuestas, temerosos de invadir terr del capataz, o de incurrir en equivocaciones. Por eso no por incapacidad — eludían toda respuesta ampli franca que pudiera comprometerlos. La propia ignora dotaba de defensa.

Pero era gente dura, sufrida y honesta, de una dad indudable, por lo común. Habían heredado de los dios y de los españoles la sobriedad y la pasión del c llo, al que cuidaban más que lo que se cuidaban a Todo lo que fuera tarea de gaucho les encantaba: el p rodeo, los apartes, el enlazar, de a pie en el corral las yerras y a caballo en campo abierto; las "tropead tan lentas, que saliendo de Quebracho (en Rocha) p ir al Sauce (arroyo afluente del Corrales), o del Sa del lado de Treinta y Tres, a Cuchilla Dionisio, exi dos días, con la noche, a menos que hubiera luna ll en un pastoreo, tendidos los hombres sobre el recado y pados con el poncho, que a veces dejaba pasar el frío por los agujeros.

Mas este "sentirse a gusto" cambiaba cuando se tentaba darle a dos o más peones una tarea que los viera lejos del caballo mucho tiempo. Por ejemplo: aradas, la recolección del maíz en la chacra, el rep prolijo de las picaduras de la sarna en la lana de ovejas, abrir pozos para poner árboles...

Conocimos hombres interesantísimos en fuerza de s plicidad. Era la época en que un peón de estancia ganaba arriba de diez pesos. Con lo que no sólo "se ar glaba", sino que era capaz de comprarse un reben mango de plata y hasta con algún oro, en tanto nosot usábamos un sencillo látigo de ballena, forrado en cue (Antes de seguir adelante, se ha de decir que en aque época un peso uruguayo se cotizaba a la par de un dóla

Recordamos el día que le preguntamos a aquel M ceda veintiañero:

—¿Te ha costado mucho ese rebenque?

—No señor: cincuenta pesos.

—¿Cómo?... ¿Y tú te gastas dos meses y medio sueldo en un arreador? — extrañamos.

Y Maceda, con toda naturalidad, se justificó así:

—Y... patrón: yo trabajo pa eso. Yo trabajo pa garras.

Eran hombres desinteresados, bohemios, y por es mismo, apáticos. Llegaba el desocupado a la estancia po si se le daba trabajo. Si no lo había, lo mismo se quedab allí el solicitante. (Célibe, desde luego). Se quedaba com "agregado", es decir, que se sentaría a la mesa con lo peones y les "daría una mano" a éstos, bien se tratar de "recorrer", sacando los cueros a los animales que hu bieran muertos, o ayudaría a juntar y trasladar majada y andaría en el "entrevero" cuando se tratara de "galo piar" los novillos de madrugada, antes de destinarlos a engorde.



...a operación brutal: la extirpación del cuerno con una desmochadora que manejaba el peón más forzudo.



La yerra en la forma que se hacía, quebrantando terneros y desgastando hom... hasta la adopción del "tubo".

veces se alargaba la estada del meritorio hasta que ...a alguna deserción y aquél pasaba a llenar el puesto ...abía quedado libre.

...uxiliares buenos, peones eficaces que llevaban un ... más en el establecimiento, un día aparecían lucien... ...as garras de dir al pueblo" y espetando un:

—Vea patrón: vengo pa que m'arregle la cuenta. No ...r nada, ¿sabe? Es que llevo muchos meses sujeto ...stoy aburrido.

...a herencia nómada. El caballo propio se había pa... ...el año "ocioso", salvo alguna salida dominical, pas... ...en los potreros de privilegio, en los de invernada, de ...ra que aparecía gordo y luciente. Los aperos —reca... ...abezada, pretal— tenían sus buenas piezas de plata. ...cuchillo "cabo de plata" no faltaba, atravesando el ... dominguero".

Era imposible disuadir al hombre, que estaba echando ... menos su libertad, su independencia. Que se iba del ...chavo", para pasar de un lugar a otro, parando en ...erías y donde quiera tuviese un conocido .Si sabía ...a "penca", marchaba para apostarle al "matungo" que ...staba más. Los pesos cobrados se gastaban pronto. ...abezada y el "chicote" de lujo pasaban a otras manos ...y mañana la badana; y pasado, los cojinillos...

Y el "pródigo" volvía a la estancia, no para rogar ...lo tomaran, que el gaucho es altivo a ese respecto ...n hidalgo, sino para quedarse de "agregado", dur... ...do sobre los cueros en el galpón y ayudando a los ...ompañeros que seguían cobrando sueldo. Había vuelto ...ejorado, a causa de la pobreza. Pero el que realmente ...ba desconocido por flaco, era el caballo. Que de in... ...iato, sin objeción del capataz, pasaba a pastar en un ...po reservado a la invernada.

Pero no sólo tenía "lunas" o se aquerenciaba el sim... ...peón. Lo mismo podía ser un carrero, como aquel don ...o, sin más miedo que a los "lobizones", que dejaba ...quilos días y días a los seis bueyecitos cerca del pi... ...e, y salía para ayudar, también en los caballos de la ...ncia. (Los bueyes, *nuevos*, eran de gente que se los ... para *domar)*. Don Floro gozaba de la simpatía de ...peonas, a las que solía lavarle ollas, jarros y platos.

No olvidamos el día en que mandamos a don Floro ... estación del ferrocarril, con la lista de cosas, llegadas ...Montevideo, que debía recoger, entre las que figuraban ...rollo de tejido de alambre (agujero dilatado), que iba ...ervir para hacer el corral de las gallinas, y unos pocos ...ros de un tejido fino de cobre, para hacer una fiam... ...ra en la que cupiese incluso toda la carne de una vaca. ...bía pasar por la carpintería del pueblo y darle el tejido ...a la fiambrera al carpintero. Pero don Floro le llevó ...rollo que se iba a utilizar encerrando gallinas. Y Casa... ...e, el carpintero, le dijo con sorna, apercibido del error:

—¡Pero amigo, se ve que en esa estancia las moscas ... del tamaño de los pollos!

Era muy difícil encontrar en aquel pago un hombre ...az de atender una quinta de frutas y verduras. Pero ...otros lo logramos: don Heriberto. (Los paisanos decían ...erto). Este hombre, cincuentón, enviudó estando en la ...ancia, y la sufrida "china" (era bajita, muy flaca y si... ...ciosa) quedó enterrada en el cementerio de Corrales. ...sotros, condolidos, quisimos ayudar al pobre hombre ...e dimos una suma, si modesta, por cima de tres suel... ... de quintero, el cual tenía retribución superior a la de ... simples peones:

—Tome, don Heriberto: para que le ponga unas flo... ... la finadita.

Y don Liberto, tan dulce, tan callado, tan manso, ¿qué ...o? Se fue al pueblo con el carrito. Y aquí dando cinco ...esos, y allí dos, y más allá acaso diez, llenó el vehículo ...on flores de las pequeñas huertas familiares. Y tapó con esas flores, totalmente, los escasos dos metros de tierra donde la pobre mujer estaba enterrada. Así gastó el dinero.

Este rasgo de amor conyugal, no impidió que, antes ... los dos meses, don Liberto nos volviera a pedir el carro, ...ego de lograr nuestra autorización para el paso que daría:

—Mire, patrón: voy'a ir a Treinta y Tres pa buscar una mujercita. Pa que me lave la ropa, ¿sabe?...

Y a los seis días de la partida, retornó orondo. Traía una no mal parecida mujer, con menos de treinta años, madre de dos niños de 8 y 5, con los que nuestro quintero había hecho tan buenas migas, que ya lo consideraban papá:

—Tata: rete a Evergisto, que mi está piliando.

Las relaciones de esta improvisada familia no podían ser más cordiales. Un atardecer fuimos nosotros a la cocina, grande y humosa, que estaba a oscuras. Don Liberto y doña Angelita, que debían hallarse muy cerca uno de otro, estaban en arrullos. Y decíale el galán a la dama, que había "pelechado" mucho en el poco tiempo que llevaba en la estancia:

—Pero doña Angelita: está gorda y linda. Se le ha puesto la frente relumbrosa como un huevito de perdiz.

¿Cabía en aquel medio dar con un piropo más bonito, más gráfico y más gentil?...

La cortesía, el "cumplimiento", entre aquella gente que nunca había salido del campo, sin haber ido a escuela alguna, no era difícil de hallar. Acaso provenía de los primeros canarios y andaluces, *abanderados* en eso de esparcirse por la desierta campaña. Hacíamos la yerra en Cuchilla Dionisio, ayudados por vecinos. Había varios muchachones y un anciano alto, delgado y erecto, con luenga barba, que se hubiese creído escapado de un lienzo religioso de Zurbarán. Un joven revoleaba las "armadas" de su sobeo para enlazar una ternera, cuando advirtió que detrás de él, dominándolo con su aventajada estatura, estaba el viejo aprontándose con su magnífico antiguo lazo:

—¡Tire, tire!... —le dijo don Cundo al joven. (El nombre del viejo era Segundo).

—No, tire usted, don Cundo, que a usted le queda menos tiempo.

Imposible ceder la oportunidad de una enlazada con mayor respeto y cortesía. De dejarnos llevar por los recuerdos, este sencillo relato se haría interminable.

Vicente A. SALAVERRI

(E...pecial para EL DIA)



El campo de dilatados horizontes, sin asomo de selva; la "tierra sin árboles" que dijo Darwin.



Por rutas primitivas, las bolsas de lana salían de las estancias en las lentas carretas que arrastraban sufridos bueyes.



Televisores en las plazas distraen a los ociosos.

CRONICAS ANDARIEGAS

La Isla de la Maravilla

HACIA al azul de Puerto Rico otra vez, fue en esta ocasión el salto brusco del frío neoyorkino arrebujado de nieve, a la maravilla deslumbrante que, aun en pleno vuelo, nos dio, como una acuarela desplegada en opulencia de color y belleza, la tercera bienvenida hospitalaria, mientras el avión demoraba el descenso para que se prolongara el gozoso espectáculo. Llegábamos al verano constante, aunque fuera el pretendido invierno de los puertorriqueños; a la gloriosa diafanidad que impregna el día y a la penetrante dulzura que invade la noche, en la isla sonreída de dones.

Es un pañuelito de tierra fiel: siempre la hallamos y hallaremos renovada en calidez humana, en cordialidad abierta, en canción, verso, paisaje y amistad: todo en ella quedó como si nos aguardara, todo hallamos intacto y en pie para el jubiloso reencuentro. Y fue lo primero buscar a los amigos e ir por las calles reconociendo esquinas, tiendas, plazas, rincones familiares. Nos empujaba un vaho de verano, como si el sol bailase en el aire su ronda vital, trayéndonos a la memoria la danzante estrofa de Sabat Ercasty: *"Vamos con la vida por el gran camino / a cortar las rosas del jardín arcano: / ya el arco del tiempo abrió en el destino / la herida de fuego que sangra el Verano"*...

Bajo el clima tropical, la sangre corre con más prisa y los sentidos capturan para siempre cada recodo, cada tramo de carretera, cada hoja, cada árbol del camino. Norte, Sur, Este y Oeste de Puerto Rico: hacia todos los rumbos la conocemos, desde las costas que por el norte baña el Atlántico, a las que mece por el sur el Caribe; la hemos contorneado por el oeste desde Aguadilla a Cabo Rojo, por el este desde Luquillo hasta el extremo que enfrenta a la isla Vieques. Hemos contemplado, desde Fajardo, la isla Culebra, y hemos cruzado en un lanchón estibado de risas y charla de turistas y los ladridos regocijados de dos nerviosos "pelo-de-alambre", hasta la plácida Isleta Marina, paraíso de yates y lanchas de lujo, con los que competía sin complejo un negrito boyando en su cáscara de nuez, que usaba como singulares remos sus propios brazos rematados en abolladas tapas de cacerola, con las que batía a compás el agua, como debieron mover los remos en las galeras corsarias, sus antepasados esclavos. Vimos el mediodía en lo alto del Yunque, donde se concentraban todas las variedades selváticas de un trópico en miniatura, bajo esa fina garúa que desprende vapores capitosos de las plantas, refrescando el aire, entre un rumor de cascada leve que cae entre piedras, resbalando por la empinada pared de la montaña, en vuelos de espumas, hasta las peñas donde se estrella con musical fragor y estalla en rocío pulverizado. Vimos caer el sol desde el Cerro de las Mesas, en una competencia de horizontes en la que no consiguen ponerse de acuerdo nuestros queridos boricuas — ni pudieran — pues cada vez nos repetían: "Desde aquí se ve el panorama más bello de todo Puerto Rico", y a fe que como todos lo son, no mentían nunca. Vimos, siempre diferentes, las olas rompiendo frente a Las Croabas, con su bahía de juguete y sus veleros de azúcar, y las palmas esbeltas que marginan el horizonte, en El Dorado. Ni la isla que llaman por su forma, Caja de Muertos, en el sur, consigue ensombrecer el alma con su tétrico nombre y su tétrica configuración, porque en ella la naturaleza sonríe a despecho de la forma siniestra. Playas y montañas unen su privilegiada hermosura para el tapiz inolvidable, sinfonía de verdes y azules, de aromas y cantos de pájaros extraños, laúdes invisibles de coquíes y lamparitas de los cucubanos prendiéndose y apagándose en la noche, como esas noctilucas que vuelven de mágico fulgor las aguas fosforescentes de La Parguera.

Recorrimos los pueblecitos luminosos y serenos, donde el tiempo instala su afirmación de sobrevivencia, en una larga siesta de estío perpetuo: Carolina, Loiza, Guaynabo, Cidra, Cayey, Barranquitas, Caguas, Huamacao; Vega Baja, Manatí, Arecibo, Guajataca, Aguadilla, Ponce, Mayagüez: nombres redondos y pulidos como guijas, que tienen sonoridad de verano arcaico y llenan de música la boca. Como otros, que despiertan sonrisas por deliciosamente absurdos, como el del templo humilde que no ha escapado a la híbrida nomenclatura hispano-yanki, y luce oronda bajo la espadaña pueblerina su rotundo "Iglesia de Dios Pentecostal *Inn*"..., o la zapatería bautizada "La lucha por la pelota de arroz", siempre menos risueñas que la funeraria "El último brinco".

Fuimos de lo viejo a lo nuevo, recorrimos una vez y otra las conocidas calles de la zona antigua de San Juan, donde todo es historia; donde cada balcón de madera tallada tiene entretejida como una yedra, una leyenda; donde todavía los viejos portales conservan olvidadas iniciales y enormes cerraduras de las horas coloniales; donde el pasado no está solamente en los museos; donde quedan rezagos de serenatas al pie de cada reja; donde el ayer se cuida y restaura para que el hoy no destruya el vínculo sagrado que representan esas paredes viejas o esos faroles nostálgicos de abolengo hispano que ennoblecen las esquinas, y ponen en las noches de San Juan un ineludible toque romántico, hechizo del que nadie puede escaparse. Vimos al atardecer en Bocas de Cangrejos, donde concurre para no contemplar el paisaje una nutrida concurrencia de parejas de enamorados, absolutamente solos en el mundo... Y muchas veces nos unimos a los chóferes de taxis y los desocupados que en la Plaza de Armas contemplaban su serial favorita, en televisores ubicados al aire libre en las cuatro esquinas, haciéndonos pensar en nuestros buenos uruguayos, muy capaces de llevarse no sólo los televisores sino también los postes que los sostienen...

Navegamos por la bahía de San Juan a horas distintas, en una excursión sin riesgo — aunque una venerable barcaza que hiciera el inocente trayecto hasta pocos días antes resolvió desistir de su prestación de servicios en medio de la travesía, hundiéndose como quien se suicida y para festivo remojo de los pasajeros — para aprendernos de memoria la línea de la costa, desde una perspectiva



La hermosa playa del hotel Sheraton resulta chica para la numerosa concurrencia ávida de sol y olas



El pasado no está solo en los museos, y muchas rejas guardan aún memorias de antiguas serenatas.



En lo alto del Yunque, una traslúcida catarata embellece un trópico en miniatura.

que brinda una fisonomía inesperada de San Juan; y regresamos muchas tardes a recoger el eco sonoro del carillón prodigioso de Brujas, que vuelve toda melodía la característica Torre de la Universidad de Río Piedras.

Pero lo que con insistencia vuelve al recuerdo, como las mareas que regresan a la orilla, es el mar espumeante que rompe al pie del Morro. Ahí está, atalayando el Atlántico, la recia fortaleza de San Felipe, con sus murallones espesos, sus enormes cañones que saben historias de piratas, sus celdas oscuras, y la pared almenada para avizorar al enemigo. Desde las troneras, hoy sólo se ve el ir y venir de las olas, la corona de espumas que ellas dejan como un beso de adolescente en la pared carcomida por la sal y el yodo; llegan como sirenas de lejanas mitologías, aguas azules y corcoveantes como si jinetearan corceles de fábula submarina, con tocados de algas, arrastrando en sus túnicas corales y madréporas, a estrellarse infatigables contra las murallas, en un juego que no cesará nunca, eternamente jóvenes y nuevas, en la intensidad de azules más azules que hemos visto, junto a la más blanca espuma que conocemos, salpicándonos la cara a muchos metros de distancia, que nos queda húmeda y salada por la caricia marinera, y que siempre y para siempre consigue fijarnos en el corazón la imagen luminosa —y azul— de Puerto Rico: siempre y para siempre, le guardamos envuelto en su hora de plenitud solar. Siempre y para siempre, en nuestra nostalgia evocadora, Puerto Rico es su luz.

La luz del mediodía.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

(Fotografías de la autora)



Compitiendo con los yates de lujo, él también navega, remando con una tapa de cacerola en cada mano...



En Boca de Cangrejos, las magníficas lanchas aguardan a sus dueños, aficionados a la pesca, deporte que cuenta con verdaderos entusiastas.



Retrato. Oleo.



Srta. Sonia Castro.



"Figura". Oleo de la colección del Ing. Héctor Oddo.

VICENTE PUIG: EL PINTOR DEL RETRATO MUNDANO

HA muerto en Buenos Aires, a más de ochenta años de edad, el pintor Vicente Puig. Casi cuarenta años radicado en la Argentina y dedicado a la enseñanza y al retrato, este pintor catalán estudió en la Academia de Munich la técnica clásica y sólida que es característica de la formación artística de la época. Fue en nuestro país, durante muchos años, profesor de dibujo y pintura del Círculo F. de Bellas Artes, donde dictó verdadera cátedra ejerciendo una influencia decisiva en artistas de la talla de Antonio Pena, Aguerre, Cúneo, Michelena, Zorrilla y otros; generación de pintores y escultores que honraron la historia plástica del Uruguay. De ese tiempo, en que vivió en Montevideo, se hallan aún las decoraciones en el Jockey Club, el gran cuadro en la Facultad de Medicina "Hipócrates niño y el centauro" realizado junto con Pena, y que fuera ganador de un concurso en el cual eran jurados nada menos que el arquitecto Moretti que se hallaba dando los últimos vistazos al Palacio Legislativo, Arq. Lasala y el escultor nacional José L. Zorrilla de San Martín. También existe en el Museo Municipal "Juan M. Blanes", un soberbio desnudo, uno de los más frescos cuadros de ese género que se pintaron en nuestro país. Algunas colecciones particulares, como la del ingeniero Oddo, poseen verdaderas joyas de este pintor, cuadros intimistas, en los cuales puso el artista algo más que el retaceo del exigente

que maravilla!

etrato; la vida del color y la solución-pintura. Indudablemente, al dedicar totalmente al retrato su actividad, Vicente Puig ejercitó un difícil arte, cual es el encontrar no sólo el parecido físico, sino, también, ese talante tan importante en que se funda el pintor mundano, para sobrevivir de la detención a que le obligan precisamente estas otras virtudes.

Con una pléyade de discípulos, a los que atendía en su gran taller desde la mañana, por la tarde dedicábase a su trabajo. Y nunca faltó un bello modelo que posara para que el artista soltara su larga pincelada, justa, sumamente limpia, y aplicada de primera intención; con un serio sentido del dibujo y del encuentro de los tonos. Finísimo en la armonía de su paleta, Puig, mantuvo durante esos largos años en que pintó a las más destacadas damas de la sociedad porteña, un pulso lúcido y una mirada penetrante, para descifrar netamente el tipo y el carácter de belleza que tenía delante. Cómo había que encarar el retrato, de sobra sabía Puig la forma. De líneas elegantes, con una gracia especialísima para la pose, sus retratos aparecen sumamente livianos, alados si se quiere, con aquella factura y concepto del 1800... Pero, sin que nada ni nadie pueda oponerse a su criterio de que aún dentro de la bondad de esa época, Puig saliera triunfante, al dejar esa galería de más de 300 retratos, en los cuales puso unción poética, una riqueza colorista cálida y arrogante, la sensible puesta en escena de fondos románticos o neutros, y una transparencia, que si bien deja a flor de tela el descubrirlo todo, no por ello puede negársele su calidad. Encaró el retrato elegante de la única forma en que debe tratársele. El mismo confesó una vez que se dedicó a él "por necesidad de vivir", y que siendo un hombre de muchas responsabilidades, "me dejé atrapar por la tiranía del retrato" (Textuales. "Clarín", 18/10/59).

Antiguamente el retrato podía considerarse una obra por debajo del valor atribuído a las grandes composiciones históricas o religiosas; cobró vivencia extraordinaria cuando los grandes pintores hicieron de él un don tan grande como uno de aquellos cuadros. Y la hondura de carácter y vida, la responsabilidad del hecho pintura, sobrepujó a la mera copia del modelo. Desde entonces, el género del retrato surgió con antecedentes notables, y desde Velázquez, Goya, y no digamos Rembranth, los puntos máximos en los cuales divaga con el genio fantaseoso "El Greco", y después tantos más, cobró el lugar privilegiado que hoy goza. Con Franz Hals y Rubens, se inició ese hacer aparentemente fácil, con la puesta de pintura a primera vista, y ligada con un movimiento vibrante y libre. Un poco a dicha tendencia, desde luego sin llegar a sus niveles, Vicente Puig trabajó el color. Con esa sensación de facilidad, con un señorío de notorias aristas espirituales. Porque en realidad "su" retrato, aún dentro de esa tendencia de "gusto", nunca fue sensual, nunca primó la materia, sino una belleza cálida también, por encima de lo vulgarmente real. Si se quiere, el retrato romántico anduvo por sus valores y Puig supo sacar de ello un partido que sin exagerarlo, cultivó una sobria porfía con atributos que la pintura juzgaba fuera de su órbita moderna: un respeto total por el dibujo, y por la dignidad del color. Sin recurrir a un acabado "cansado", el pintor dejó la tela cuando su instinto avisaba que nada más tenía por delante para transmitir, dentro de su personalidad, a la que jamás quiso renegar.

Todavía tenía Puig atisbos de rebelión, y sentía por no incursionar en campos más libres, por sus noches de pintor de Montparnasse. Extrañaba las vidas errantes que él pintaba sin conocerlas, como ahora sus retratos. Y dejaba margen para que la imaginación fundara el buscar elementos propicios para enfrentar nuevos problemas. "Hago retratos poniendo todo mi arte —dijo otra vez—. Pero mis aspiraciones vuelan a París. Querría volver a pintar allí bailarinas y mujeres noctámbulas. Pasé una temporada en un circo para estudiar sus tipos. Me gustaría volver a la carpa para reencontrarlos con lo que ahora sé de pintura".

Siempre la nostalgia de lo que se pudo haber realizado y no se concretó.

Siempre el artista pujando por salir del cerco, y aún triunfando, enfrentar la disconformidad consigo mismo, porque latía en él el verdadero, el libre, el andariego, el buceador de tipos y el amante de la noche...

La esperanza a los ochenta años es ya la dueña de un ser que se siente eternamente joven. Así se sentía el artista catalán, que deseaba la compañía de sus discípulos, para que le rodearan y le ayudaran a seguir siendo joven.

Mantenía sutilmente la lírica de su verso cromático, el idealizado pintor, nacido en Mataro, provincia de Barcelona, y que pulió sus conocimientos primeramente autodidactas, en sus viajes, sobre todo en Florencia y París. Estudió seriamente a Botticelli, quizás de allí pulsó su espíritu el poema primaveral y siempre florido de sus mujeres, tratadas con la estilización de su trazo, que sobrepujaba el realismo. Emotivo, sincero, aún soñando, imprimía a sus obras ese don cultivado, lejos de lo banal, y supo afinar su poder subjetivo, para legar una de las galerías más completas que existen en Sudamérica del retrato femenino. Cuando salía de dicho género, soltaba una rica y fuerte materia de pintor, y los motivos, casi siempre acordes a la mujer, hallaban al conocedor profundo de los secretos del oficio, y al dueño de una extensa paleta que subía la calidez del color con acentos enérgicos o finezas y simplificaciones de exquisita modulación.



Retrato. Oleo.

Ya en Munich había ganado por dos veces consecutivas, en la Academia, la mención honorífica de la clase. En Buenos Aires, la medalla de la Exposición Comunal Decorativa, y en el Salón Nacional del mismo país ,el premio a artistas extranjeros. Dejó cantidad de dibujos. En ellos, y en los pasteles, radica un bello pasaje de su personalidad. Este intimista recurso, más directo que el color, ha sido para Puig un alarde de finura y de soluciones de grises, alternados con una línea delicada, pero al mismo tiempo, dejando resaltar el carácter y el vigor de su trazo. Porque no fue, precisamente, el dibujante de espectacular excelencia en cuanto a fortificar una línea, porque virtudes más elocuentes faltaban, sino que nace aquella fuerza del todo, de la armonía, de la envoltura que vuelve en los pasteles a surgir con ribetes decididamente sobresalientes.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



"Bailarina". Oleo de la colección del Ing. H. Oddo.

EL MONT



La entrada al Reino del Silencio. Glaciares del Monte Blanco.

HORACIO Benedicto de Saussure, físico y geólogo, ha sido al mismo tiempo uno de los iniciadores de los estudios relativos a la electricidad atmosférica y uno de los fundadores del alpinismo moderno. Son conocidos los aparatos ideados y las experiencias realizadas por este sabio suizo del siglo XVIII; menos conocido tal vez es su relato sobre la tentativa de dos ingleses, Windham y Pococke, y otros siete ingleses más para subir al Monte Blanco desde el Valle de Chamonix, la capital de la Saboya.

Era el año 1741 y faltaba algo más de un siglo para que Italia cediera a Francia la Saboya cuando llegaron a Chamonix los nueve ingleses que, embebidos de novelas truculentas, y "creyendo que esta región italiana fuese refugio de "briganti" y de salvajes —narra de Saussure— vinieron con un séquito de sirvientes armados con espadas y arcabuces. No se arriesgaron a entrar en ninguna casa de Chamonix y establecieron su campamento en la orilla del río Arve con los fuegos encendidos y los centinelas vigilantes durante la noche, como si estuviesen entre las tribus más salvajes del centro de Africa".

Mientras los ingleses se mantenían en la defensiva —continúa narrando de Saussure— los habitantes de Chamonix los observaban desde la orilla opuesta del Avre, asombrados por tanto despliegue de fuerzas. En vista que este despliegue se volvía amenazador y perturbador, los ancianos de la pequeña capital se reunieron en consej a fin de concertar los medios y procedimientos necesario para rechazar a los "invasores".

Un encuentro armado parece inevitable e inminente los montañeses del tranquilo y pacífico valle están sobr las armas y dispuestos a todo, cuando el señor cura pá rroco de Chamonix tiene la feliz idea de hablar con lo extranjeros. Se dirige al "campo enemigo", suceden la explicaciones, se ablandan los ánimos, desaparecen las sospechas, el señor cura párroco invita a los ingleses a almorzar con él, toda la caravana pasa con armas y bagajes a la casa del sacerdote donde están los saboyanos esperando el resultado de la entrevista y donde, como suele acontecer en casos semejantes, alrededor de una mesa bien servida y al destapar de las botellas, se estipula una paz perenne entre saboyanos e ingleses.

Estos últimos volvieron a Inglaterra sin subir al Monte Blanco, montaña que quedó inmaculada hasta que dos saboyanos —Jaime Balmat y el doctor Paccard— en 1786, y el mismo de Saussure en 1787, tuvieron la gloria de ser los primeros en hollar las nieves eternas del gigante alpino, y la de resucitar el alpinismo, deporte que desde sus precursores, los italianos del Renacimiento, había sido abandonado.

Se recordará, por ejemplo, que en los manuscritos que se conservan en la Biblioteca Leicester de Londres —y precisamente en los folios 4 y 36— Leonardo da Vinci describe su ascensión al Monte Rosa; y Petrarca, el gran poeta, al narrar su excursión a la cumbre del Mont Ventous, en los Pirineos, termina diciendo: "...muchas veces, bajando por la ladera, volví mi vista hacia la cumbre de la montaña, y me pareció muy baja comparándola con la altura de la mente humana..."

Y como los poetas —los *vates*—, cuando son grandes, vaticinan, ingenieros famosos del siglo pasado y de nuestro siglo dirigen la mente hacia los macizos alpinos, y a lo largo de los trazados de las antiquísimas carreteras romanas que atravesaban los Alpes, hacen serpentear las nuevas carreteras y las modernas líneas férreas; horadan aquellos gigantescos macizos para pasar debajo de ellos y tienden los grandes cables de las teleféricas para pasar sobre sus glaciares, en el reino del silencio.

Uno de estos ingenieros se llama Dino Lora; otro se llama Vittorio Zignoli y es profesor en el Politécnico de Turín. El ingeniero Lora ideó y construyó la "Teleférica de los Glaciares", el profesor Zignoli la calculó y proyectó.

La "Teleférica de los Glaciares" es una línea de cables de acero de quince mil metros de longitud que parte de La Palud sobre el valle del río Dora Báltea, en Italia, sube por las laderas orientales de la cadena del Monte Blanco, llega a tres mil setecientos metros de altura, pasa sobre los glaciares del Gigante y del Valle Blanco, y baja por la pendiente occidental de la misma cadena hasta terminar su recorrido en Chamonix.



Pradera en Val d'Aosta.

BLANCO

...a breve descripción, el lector habrá deducido ...ra grandiosa se componía, para su estudio y ... tres secciones: la primera sección —de la ...tal, o sea del lado de Italia— debía vencer ... de casi dos mil trescientos metros entre el ...o Dora y un pico que se llama Colle del Gi... ...gunda sección debía correr por unos cinco mil ...re los altos y desolados ventisqueros del Gi... ... Valle Blanco hasta otro pico que domina la ...dental y que se llama Aiguille du Midi; y, por ...tercera sección debía bajar de la Aiguille du ...n desnivel de dos mil ochocientos metros hasta ...hamonix.

...apreciar en todo su valor esta obra grandiosa ...iería moderna basta sólo pensar en las dificul... ...se presentaron en el transporte de las maes... ...le los materiales entre las nieves eternas, a tra... ...cipicios espantosos y de glaciares centelleantes ...dores.

...riales, motores y maestranzas subieron todos ...o italiano; a casi cuatro mil metros de altura ...adas unas tres mil toneladas de hierro para los ...sostén y un millón quinientos mil kilogramos de ... acero.

...nstrucción se terminó completamente en el año ...ientras diez y ocho vagones corrían sostenidos ...bles de la "Teleférica de los Glaciares" sobre ... Blanco, entre el azul del cielo y la blancura del ...elo, otras maestranzas comenzaron a horadar el ...onte Blanco para unir por un túnel carretero ... con la Strada Statale Nº 28 que sube en Italia ...so del río Dora Báltea, en el valle de Aosta.

... tender la teleférica sobre el "Techo de Europa" ... vencer grandes dificultades, no fueron menores ...e presentaron en el interior de la montaña que ...ía con la desesperación de un ser vivo de los ... grandes hombres que la roían.

...ue parece que a veces la Naturaleza se propone ...al hombre con su superioridad. Mientras el hom... ... su ingenio bajo la presión de una idea y pide ... de otras mentes y de otros brazos, ella se de... ...la con su tremenda grandeza.

... lectores deben imaginar los ríos de agua que ... furia de las rocas e inundan el túnel, los cen... ...de toneladas de roca friable que precipitan rom... ...os apuntalamientos e inutilizando los puentes de ...os enormes bloques de granito que por la presión ...ocas superiores —que alcanzan a un espesor de ...quinientos metros— se desprenden de la bóveda ... en grave peligro la vida de los operarios. Y todo ...una profundidad inverosímil, donde todo refugio, ... de salvación dista millares de metros, entre el ...epiqueteo de las perforadoras, el chirriar de las ...s y el estruendo de los barrenos.



El Emperador Enrique VII atraviesa los Alpes en el año 1310. (Miniatura del siglo XIV: la más antigua ilustración de una ascensión alpina.

No es nuestra intención, naturalmente, fastidiar a los complacientes lectores describiendo los procedimientos que los ingenieros pusieron en práctica para evitar, o por lo menos disminuir, los peligros de los desprendimientos y de las inundaciones. Sólo queremos recordar que, roto el último diafragma que separaba las dos cuadrillas que avanzaban de ambos lados, terminada la excavación del túnel —que con sus once mil seiscientos metros es el túnel carretero más largo del mundo—, nuevos e importantes problemas debieron resolverse: la ventilación, la iluminación, los sistemas telefónicos y de señales, la regulación de las velocidades con sistemas semafóricos que detienen los vehículos con velocidades superiores a los cincuenta kilómetros horarios, la disposición de refugios y de veredas para los peatones y para los automóviles, y de mil pequeños detalles más para la comodidad de los viajeros que dejan las verdes praderas de Val d'Aosta, "última sonrisa de Italia al pie del Gigante de los Alpes", y se dirigen hacia las tierras de Francia por el túnel que el hombre construyó "para unir a los hombres que Dios esparció sobre la faz de la Tierra".

La obra de la civilización que parecía alejada de estas montañas, vuelve a ellas entre la grandiosidad de la Naturaleza. Corren los automóviles por el túnel y los vagones por la teleférica mientras el viento que filtra entre los pinos y los abetos sube hacia las alturas y lleva el perfume de los valles hasta la inmóvil luminosidad que arde sobre las cumbres nevadas.

Ing. Enrique **CHIANCONE**

(Especial para EL DIA)



A los pies del gigante.



La subida del profesor de Saussure a la cumbre del Monte Blanco. (Acuarela de C. de Mechel, 1787).

HARRY PARTCH, UN GRAN SOLITARIO DE LA MUSICA

EL enorme crecimiento que ha experimentado en estos últimos años la ciudad de Los Angeles la ha convertido en el núcleo poblado más extenso y, quizás más numeroso del mundo. En el peor de los casos (pues las estadísticas no son muy exactas) puede afirmarse que Los Angeles está haciendo peligrar el título de New York como la primera ciudad de los Estados Unidos. Ese crecimiento desmesurado sólo puede definirse con una expresión que ya muchos están aplicando para calificar a la urbe californiana: "El Monstruo". Y a fe que cuadra esa expresión para un lugar cuya avenida principal mide nada más que . . 50 millas de largo.

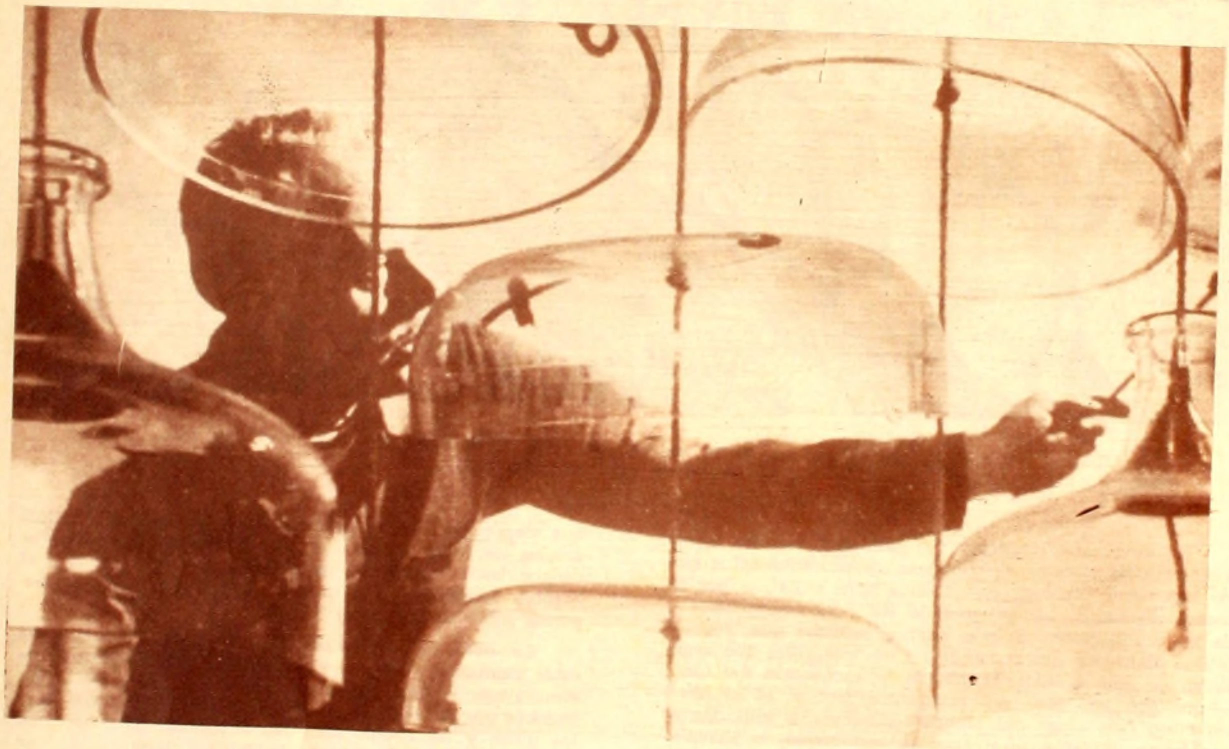
Una ciudad de tales características no puede ser, obviamente, otra cosa que un gran mosaico, un mosaico de lujo en el que se dan los fenómenos más variados y contrastantes en clara vecindad: la suntuosidad de Beverly Hills, la chatura funcional de Hollywood, la gracia artificial de Disneylandia y la poderosa autenticidad de Marinelandia, las bellezas oceánicas, la sofisticación de Long Beach, las enormes Universidades, una de ellas edificada en plena montaña... Y, en fin, el mismo centro de Los Angeles con sus lujosos hoteles y tiendas, sus pintorescos restauranes e iglesias de las más diversas sectas y, sobre todo, sus dos últimas y maravillosas conquistas artísticas y edilicias: el deslumbrante Music Center que, con sus casi 20 millones de costo, albergará a las estrellas del mundo de los sonidos, y el Museo Metropolitano, poseedor del mejor Botticelli que yo recuerde y de un Rembrandt que llegará de un momento a otro desde su actual residencia londinense, adquirido por un precio record, apenas inferior al del otro Rembrandt (Aristóteles ante la cabeza de Esquilo, Museo de New York) que aún posee el título de "cuadro más caro del mundo", pero con dimensiones físicas muy superiores a las del "Tito" que acaba de adquirir Los Angeles.

La variedad humana de nuestra ciudad es tan grande como la de sus "barrios" (de algún modo hay que llamarles aunque cada uno de ellos sea más grande que Montevideo). Los más diversos tipos de las razas más diferentes podrán siempre encontrarse, sin buscar demasiado, en alguna parte de Los Angeles. Tenía que ser una ciudad así la que me deparara la suerte de presentarme a la personalidad más original y poderosa que encontré en mi viaje por los Estados Unidos: Harry Partch.

La casa de Harry Partch es ya, de por sí, todo un poema. Ubicada en uno de los barrios más humildes y menos cómodos, locomotivamente hablando, de toda la urbe, sólo se justifica como mansión del gran músico por el exiguo alquiler de 100 dólares (sí, para Estados Unidos ese precio mensual es ridículamente bajo) y por un "fondito" campestre que sirve de remanso para cualquiera en una ciudad tan agitada como Los Angeles. Esa pequeña casa resulta aún más diminuta aparentemente por el hecho de que todos sus ambientes excepto el baño están atestados de instrumentos, de esos queridos instrumentos ideados y realizados por Partch.

Eran las 2 de la tarde. El dueño de casa me recibió con gran cordialidad aunque también con un dejo de desconfianza lo que no es de extrañar en un ilustre solitario como él. Los primeros minutos fueron casi de tanteo. Partch me mostraba "sus" instrumentos, pero sin entrar en mayores explicaciones. Ante mis primeras reacciones entusiastas el hielo se fue rompiendo... Confieso que, como le hubiera sucedido a un niño a quien se le muestra una serie de novedosos juguetes, lo primero que me llamó la atención fue lo más grande: se trataba de la gigantesca "Marimba baja", grupo de planchas de madera que se ejecutan percutivamente mediante dos enormes mazas parecidas a las del bombo, aunque mucho más grandes. Los suaves y profundas resonancias de esa "marimba" me trajeron el recuerdo de ciertos "gong" orientales. Al oír mi comentario Partch sonrió. Con la sonrisa vino su primera confesión: su niñez se había desarrollado en la China y allí fue que aprendió a gustar de las hondas y sutiles resonancias de las percusiones orientales...

En las piezas vecinas fueron apareciendo los otros miembros de la original familia: las Marimbas "Heroica", "Bambú" y "Diamante", las cítaras, los cánones armónicos gemelos y esas lúgubres campanas cristalinas llamadas por su creador "Cloud Chamber Bowls". Los nombres puestos por Partch a sus instrumentos nos divertían casi tanto como los instrumentos mismos: "Despojos de la guerra" (Spoils of War) se llama uno de los más interesantes. De pronto, gran sorpresa: nos encontramos con un teclado vulgar y silvestre. ¿Es que Partch usaría el piano junto a sus "hijos"? Hubiera sido una gran decepción. El creador nos sacó pronto de dudas: al apoyar sus dedos en el teclado un dulce y ligado sonido semiorganístico acarició nuestros oídos. Partch nos explicó: "Este aparato se llama "Chromelodeón". Lo he construído con la base de un viejo piano, pero he dividido la octava en 41 partes en lugar de las doce del sistema cromático corriente. "¿Ve usted cómo encontramos la 8ª en este teclado?" Y apoyó un dedo en lo que sería el último "Do" de un piano corriente, tocando con otro dedo lo que sería un "Fa" central. Ante nuestra sorpresa rió salvajemente y concluyó: "De ese modo, todo el teclado del Chromelodeón comprende sólo dos octavas en lugar de las 7 y pico habituales. Ahora bien. Si Ud. quiere escuchar la escala cromática vulgar basta con oprimir este botón..." Así lo hizo, y desaparecieron del Chromelodeón todos los microintervalos para dar paso a los clásicos y consagrados sonidos de la música corriente.



Harry Partch junto a sus misteriosas y tristes campanas (Cloud Chamber Bowls) en una foto que data de 1955 y en la que el compositor no muestra todavía la espesa barba que luce actualmente.

—¿Toda su música está escrita en la escala de 41 nidos? — pregunté a Partch.

—No, — me respondió — mis instrumentos están dos construídos de acuerdo a ese sistema, pero me gu combinarlos con los corrientes. Oiga Ud. esta grabaci en esta obra combino todos estos hijos míos con un de clarinetes y voz humana.

Mientras escuchábamos el disco aproveché para le en la complicada partitura los datos técnicos. Se trata de "La embrujada", sátira danzada y cantada escrita pa voz de contralto, bailarines, coro, clarinete piccolo, cla nete bajo y toda la serie de marimbas, cítaras, cánon y demás instrumentos creados por Partch, a los que agregaba el "Koto" japonés. Hice notar entonces a Part que su niñez vivida en Oriente se reconocía a cada pas gustos instrumentales, pasión por el colorido refinado, d voción por las percusiones, empleo de escalas diferent de las occidentales. El compositor asintió a medias.

—Admito la influencia oriental, pero mi gran ide es el de emancipar la música americana de todo mat europeo. He estudiado a fondo los sistemas rítmicos y mu sicales de los Pieles Rojas y en ellos he encontrado un de mis principales fuentes...

—¿Usted ha vivido siempre solo? — pregunté mirán dolo fijamente.

—Sí, — me contestó, un poco sorprendido.

—¿No tiene Ud. principios religiosos? — aventuré, y envalentonado —. Confieso que mi coraje se apoyaba so bre todo en un excelente ron fabricado (claro está) case ramente por Partch y servido en unos preciosos cuenco de madera, también hechos por el músico...

—Nunca me habían desafiado de esa manera... — apuntó Partch, con una sonrisa casi de satisfacción — Y bien, prosiguió, yo creo a mi manera, en mis cosas Pero creo que la palabra "religión" no cuadra a esos prin cipios. Llamémosle mejor... tradición.

Una gran comunicación se había establecido entre Partch y yo. Asistían a la entrevista un inevitable intérprete, un famoso baterista de jazz, gran devoto de Partch y un joven de rostro sensible, sumamente callado. Ya atardeciendo debimos separarnos. Prometí a Partch hablar largamente de su obra en mis "pagos", pues su personalidad había producido en mí un fuerte impacto. Fue entonces que el joven callado se ofreció para acercarnos al hotel en su automóvil. Aceptamos. Nuevas sorpresas me aguardaban...

—Me gustaría que vinieran un momento a mi casa, dije tímidamente Ervin M. Miller, que así se llamaba el amable conductor. Al ver un gesto de duda en mi rostro, agregó como quien se juega una carta: "Tengo mate para convidarlo", y sonrió.

¿Quién hubiera podido resistir una invitación así? Llegamos a la casa. Mientras gustábamos del mate prometido Miller aclaró que él tenía también "sus instrumentos". Comenzó por mostrarnos una guitarra cuyas cuerdas estaban acordadas siguiendo una relación muy distinta a la de la corriente. Luego pasó a exhibir sus mejores creaciones. Entre ellas se destacaba el "cromafón", instrumento de bellísimo sonido construido según una escala de 31 intervalos, vale decir que cada uno era inferior al quinto de tono.

—¿Es Ud. discípulo de Partch? — pregunté.

—De ningún modo, — me contestó —. Yo hice mis experiencias sin conocerlo. Hace pocos meses que trabamos relaciones accidentalmente, y desde entonces intercambiamos nuestras conquistas instrumentales, ayudándonos mutuamente.

En el curso de la conversación que siguió pude enterarme de que Miller había sufrido un proceso parecido al de Partch, aunque muy posterior. Por algo existe una gran diferencia entre los 64 años de aquél y los 30 y tantos de Miller. Ambos creadores desde su niñez necesitaban expresarse por la música, pero la conclusión negativa les era común: "Los sonidos que yo busco no están en estos instrumentos corrientes". En ambos, pues, la invención y construcción de instrumentos vino como una necesidad interior y no como un frío proceso de experimentación...

Al separarme de aquellos hombres sentí quizá por primera vez hasta qué punto puede respetarse un ideal ajeno que no se comparte. Los principios musicales de Partch y de Miller no son los míos pero tienen igualmente para mí una validez ejemplar que emana de su sinceridad. Con hombres así el Arte podrá seguir luchando airosamente, haciendo frente a los estériles alquimistas que abundan en nuestro tiempo, por desgracia, más que en cualquier otro.

Pedro IPUCHE RIVA

(Especial para EL DIA)

"EL ULTIMO ATAQUE DADO EN TIEMPO DEL Gral. ARTIGAS"

TACUAREMBO — ENERO DE 1820

En crónica anterior (ver Suplemento dominical de EL DIA fecha 25 de julio de 1965) aludimos a los eventos previos a la desdichada sorpresa de Tacuarembó donde, como dijimos, se apagara la antorcha artiguista.

Por no ser suficientemente conocida su traducción al castellano, damos a conocer el parte oficial de esta acción.

"Los gloriosos sucesos, que las tropas de esta capitanía obtuvieron bajo mi comando en la batalla del día 22 del corriente, en la margen izquierda del Tacuarembó no deben ser demorados un solo momento por V. E. para hacerlos llegar al soberano conocimiento de Su Majestad. El enemigo se hallaba acampado en esa posición, que por su naturaleza es fuerte, por estar resguardado su frente por un profundo bañado, y los flancos por un ramal del tal Taquarembó y por este mismo río, que describe una curva, siendo el pasaje de ambos, pocos dificultosos por las muchas aguas que los inundaban. Su fuerza era de dos mil y quinientos hombres, comandados en jefe por La Torre, que tenía por sus segundos a Pantaleón Sotelo (comandante - general de las Misiones españolas después de la prisión de Andrés Artigas), Manuel Cairé.

Ordené inmediatamente al brigadier José de Abreu que marchase con su división y atravesamos el bañado para atacar al enemigo de frente, e hice pasar al brigadier Correa da Camara con la división de su comando al ramal del Taquarembó, para atacar de flanco; en este tiempo ya el enemigo se hallaba formado en su campamento, y colocadas cuatro piezas de artillería con las cuales nos hacían gran fuego. A mi voz de avanzar, el brigadier Abreu executó su movimiento con tanta impetuosidad, a pesar del gran fuego de fusilería y artillería del enemigo, que desde luego lo obligó a perder su primera posición y a retirarse para otra aun mas fuerte, defendida por el río, el cual se hallaba mas lleno; mas allí es que presencié con la mayor satisfacción el valor de estas tropas, que, al verme a su lado, en altos gritos daban vivas a Su Majestad ,y al son de esta música pasaron el río, consiguiendo desde luego la derrota total del enemigo, que huía precipitadamente, largando sus armas, dejando artillería, municiones, caballada, gran número de muertos; heridos y prisioneros: el general Pantaleón Sotelo quedó muerto en el campo, y por la siguiente relación verá V. Ex. la pérdida del enemigo

Oficiales Generales: 1 muerto.

Oficiales superiores y subalternos: 4 muertos y 21 prisioneros.

Oficiales inferiores y soldados: 795 muertos; 15 heridos y 469 prisoneros.

Total: 800 muertos, 15 heridos y 490 prisioneros.

Se tomó el siguiente botín:

Piezas de metralla, 4; cartuchos de bala y artillería, 70; "velas de mixto", 24; "libras de morrao", 16: cartuchos de carabinas, 1180; 1 bandera; 4 cajas de guerra; 5408 caballos en mal estado; 90 bestias mulares; ganado vacuno, 430.

Habría gran número de armamento en mi poder, si el enemigo no se hubiera precipitado al río, donde no se podía tirar por la mucha agua.

Nuestra pérdida consistió en un muerto y cinco heridos.

La Torre huyó en tal desorden que perdió caballos, pistolas; salvándose a grupas de un indio. José Artigas, dicen los prisioneros, que solo vio principiar la batalla, y que luego se retiró para Mata-ojo, donde tiene algunas familias y bagajes.

Ya hago marchar doscientos hombres comandados por el teniente coronel Joaquín José da Silva, con destino aquel punto, a tomar toda la caballada y bagajes que se hallen en ese campamento, en cuanto que mañana hago salir al brigadier José de Abreu con su división para limpiar el resto de la campaña hasta el Uruguay, y de una vez acabar de este lado el partido de Artigas; y yo sigo para el interior de la frontera de mi comando para destinar los lugares propios, que deben ser vigilados por las guardias sobre la costa del Uruguay y Arapey".

Este parte de la acción, que transcribimos en sus aspectos fundamentales, está fechado en el Cuartel general en la margen izquierda del Tacuarembó el 23 de enero de 1820 por el Conde da Figueira.

La próxima correspondencia del día 25, la signará en retirada de nuestro territorio, desde Cuñapirú, para dirigirse en dirección a las puntas del Ibicuhy donde llegará el día 27. El 11 de febrero se encontrará en la capilla de Alegrete.

EL LUGAR DE LA SUPREMA INMOLACION

Al tratar este punto, permítasenos mencionar a quienes, antes que nosotros, señalaron que el definitivo holocausto del ejército artiguista tuvo lugar en territorio riverense: D. Agustín Bisio, escritor, poeta y gobernante, en trabajo histórico publicado en "El Ideal" de Rivera de fecha 6 de julio de 1952, y el Inspector en la Enseñanza Secundaria, D. Gregorio Cardozo, en conferencia pronunciada en el "Club Rivera" de Montevideo en 1960, estudio que con profusa documentación entregará próximamente para su publicación, al Boletín Histórico del Estado Mayor del Ejército.

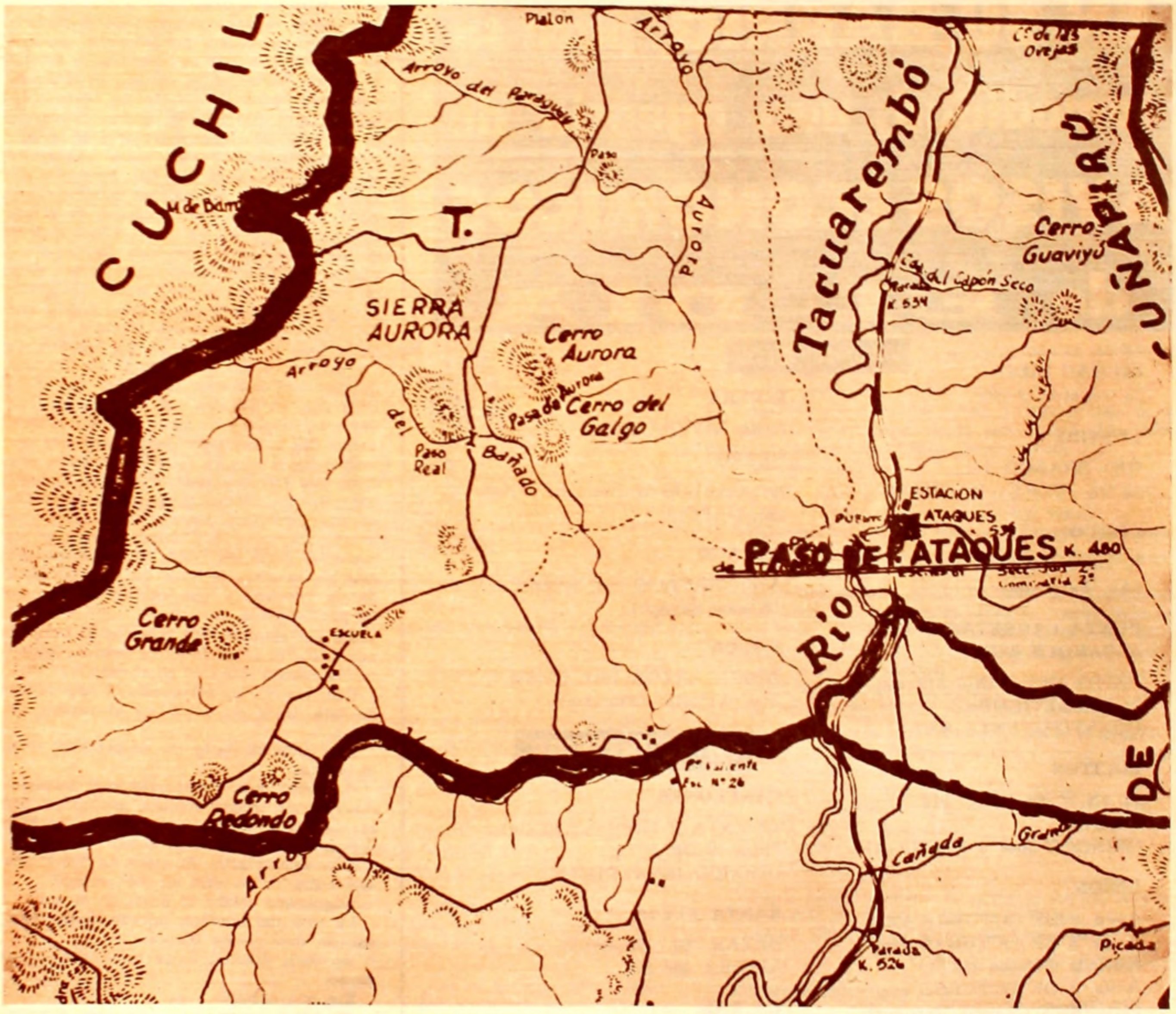
Ambos investigadores de esta luctuosa página artiguista, fijan el escenario de la misma en la horqueta que forman el arroyo Aurora al volcar sus aguas en el río Tacuarembó, a unos centenares de metros de la hoy estación de A.F.E., Paso de Ataques, en el departamento de Rivera.

Por nuestra parte, seguimos a la letra el texto de Ildefonso Basualdo, con la flexibilidad que puede conceder un hecho de armas donde hubo desplazamientos de las fuerzas.

. . ."Digo qe. mi finado padre poseyó tranquilam^te hasta principios de la Guerra, con la antigua metrópolis un terreno cito en el Departam^to de mi residencia entre el Arroyo Taquarimbó Grande y la cuchilla del Lunarejo qe. lo dibiden p. Norte Sur y **por el Leste, un Arrollo que nace en la misma cuchilla y hace barra en Taquarimbó, donde fue el último Ataque dado en tiempo del Gral. Artigas, lindando con el campo del Paraguai N. Caballero,** y por el Oeste otro Arrollo qe. nace d los mojoncitos qe. llaman en la dha. Cuchilla, lindando con terreno de Dn. N. Feliberto". . .

Los campos de Blas Basualdo estaban situados entre los arroyos hoy denominados Valiente y Aurora, apellidos de dos pobladores, Antonio Valiente de la Cruz y Antonio Francisco de Paula Aurora, que se afincaron en 1821 con haciendas, en dichos terrenos.

Una atenta y meditada compulsa de la documentación que hemos estudiado, nos lleva a afirmar que el principal ataque del ejército portugués sobre las huestes artiguistas se realizó en la margen izquierda del río Tacuarembó a escasa distancia de su confluencia con el arroyo Aurora, ratificando así la posición sustentada en nuestra primera contribución a su estudio, inserta en el álbum conmemorativo "RIVERA 1862 - 1962", edición de fecha 29 de julio de 1963. Por otra parte, la toponimia confirma en este caso los hechos de la historia.



La "horqueta" del río Tacuarembó con el arroyo "Aurora", zona donde se cerrara, según el testimonio de Ildefonso Basualdo, la primera etapa de la epopeya bélica oriental. (Reproducción fragmentaria de un mapa del Servicio Geográfico Militar, del departamento de Rivera, dibujado en marzo de 1957.

El lugar donde las fuerzas leales al Prócer ofrendaron sus vidas por nuestras libertades, debe ser fijado **oficialmente** con precisión.

Nosotros contribuimos, desde estas columnas, modestamente, a su esclarecimiento. Sería de interés que el Estado, por medio de sus Institutos Históricos, o los particulares responsables, señalaran, luego de una prolija y exhaustiva exploración, su definitiva ubicación.

Aníbal BARRIOS PINTOS

(Especial para EL DIA)

AZAR DE LECTURAS



HAY escritores que leerlos hace bien. La afirmación parece cosa de Perogrullo. Leerlos hace bien en el sentido de hacernos más buenos, con una paz interior nueva, como algo que nos limpiara y nos iluminara por dentro. Hay días especiales en que estamos dispuesto a aceptar su mundo, cuando buscamos algo simple, sin complicaciones aparentes. Porque el espíritu necesita amansarse de vez en cuando, postergando toda urgencia de aprendizaje veloz, toda urgencia de complicaciones de la hora. El cuento de niños es al infante lo que este tipo de lecturas es al alma de una persona madura. El otro día leía el nuevo teatro japonés; se trataba de una pieza, "La grulla crepuscular". El origen de la misma, de su tema, vaya uno a saberlo. Se puede llegar hasta la fábula, al cuento de hadas, a la leyenda recitada oralmente. Lo cierto es que un viejo tema da pie para una obra de teatro moderno cuyo autor es Junji Kinoshita, autor contemporáneo nacido en 1914 en Tokio. Una mujer que en realidad es una grulla, se desposa con un hombre vulgar al que hace feliz; dos amigos del marido descubren que la tela que la mujer teje es de sus plumas y juegan con la simpleza y la codicia de Yohyo, el marido, hasta que éste llega a amenazar a Tsuu, su esposa, para que fabrique una tela. Esto equivale a que ella consuma en la labor, el resto de su vida; Yohyo, que había prometido no entrar al aposento donde ella tejía, lleno de curiosidad y de impaciencia, se asoma a verla tejer, por lo que ella, dejándolo, se va convertida en grulla. En apariencia la historia es rústica y maravillosa, pero está dotada de un hondo sentido interior, ya que muestra el contraste entre la ambición cruda y materialista, que desnuda el aspecto más primario y torpe del ser humano, con la felicidad y el amor puro y sencillo. Pero este tipo de lectura, aunque fantástica, juega con un dramatismo que espiritualmente, aun en su fábula que nos rememora tanto al cuento de niños, nos desasosiega porque en su fondo juegan y se conjugan las imágenes más turbulentas y vertebrales de la vida. Dejé la lectura comprendiendo el valor artístico de la pieza y pensando que no era precisamente ese tipo de literatura la que se adecuaba a lo que yo quería buscar. Algo en que la violencia estuviese proscripta en forma definitiva. Por un rato, por un día, quería olvidarme de las manifestaciones superiores de la cultura. Me quedaba sólo como campo de elección la literatura infantil. Pero por razones demasiado obvias, me hubiera aburrido leyendo un simple cuento de niños. Entonces pensé en "Perico". Creo que es el libro más lindo que toda la literatura uruguaya le haya dado a los niños. Con la ventaja de que pueden leerlo "los grandes" y darse cuenta que a veces donde empieza la aparente simpleza literaria se acumula toda la sabiduría de un hombre, de un escritor o de un filósofo. No importa que sonrían ese señor tan grave que lee a Dürremat en alemán, esa señorita que todavía no terminó de pasar de seis o siete cantos del Infierno de Dante, pero está escribiendo su ensayo, o ese respetable público que jamás desciende a estas lecturas con regocijo, aunque pregonen la necesidad de una literatura popular. Son seres que todos sabemos que podemos encontrar en cualquier parte del globo. Sabemos también que hay muchos lectores capaces de gozar de un "Perico" y que existen en número no precisamente minoritario.

Así por ejemplo, "El árbol en el campo", nos dice: "El árbol adquiere toda su importancia cuando está solo en el paisaje.

Una vez vi un árbol solo y temblando, en una tarde de junio en el campo sin casas.

Este árbol solitario me despertó el amor al bosque.

Un árbol solo, achaparrándose, hundiéndose en su propia sombra, empujado por la luz, en el mediodía de enero, me hizo pensar con tritseza en el hombre de campo.

Este estaba solo. El cielo no tenía una sola nube. No se veía un solo animal.

Angustiado estaba el árbol en el valle.

La casa del hombre, mirada desde lejos, parecía una piedra blanca.

No tenía árboles, ni se veía nada en su torno.

Era una estancia."

El autor reúne tres imágenes simples: árbol - hombre - casa. El hombre como centro en la vida de la naturaleza. Esas tres imágenes son puestas en apariencia en un plano de igualdad. Pero no es así. Una maestra podrá tomar la página y explicar a sus niños la sugerencia de ese paisaje otoñal o de verano; cómo es nuestro campo en junio, qué labores se llevan a cabo, o en el verano, bajo el sol de enero, la terrible seca que liquida animales y cosechas. Podrá hacerles pensar en el sacrificio de nuestro hombre campesino, de nuestros niños campesinos en su dura lucha cotidiana de la que está tan alejado el hombre ciudadano, particularmente el montevideano. Despertarles el amor por el árbol y la planta, por la nube y la lluvia, por la compañía de los demás seres. Podrá incluso jugar con la página de lectura, voltearla y empezar al revés, ya que comienza como un cuento: "Era una estancia"; sí, era una vez una estancia sin árboles, sin nada a la redonda salvo un pequeño árbol en medio del valle. Este se sentía muy solo y añoraba la compañía de los otros árboles, habiendo preferido vivir no en el valle, sino en el bosque. El hombre que vivía también solo en medio de ese campo, supo de pronto cómo se sentía el árbol, porque a él le pasaba lo mismo. Tanta soledad lo llenaba de tristeza y anhelaba la compañía de los otros hombres, de los hombres de la ciudad, unidos todos en un verdadero bosque humano. Y de ahí pasar a resaltar el sentido de la solidaridad casi evangélico, de amor a los semejantes, que domina toda la página. Un profesor de Idioma Español, fuera de la lectura explicada, irá a los aspectos gramaticales, al sentido y formación de las oraciones y palabras y en esa visión gramatical, ahondará sin duda en el valor psicológico que tienen determinadas estructuras gramaticales. Para eso dividirá la página en dos partes: En la primera, que comprende siete períodos oracionales, destacará la repetición de una



palabra en la forma adverbial y sustantiva: solo y solitario; cómo la repetición se produce sin que al lector le pese, consiguiendo sin embargo crear la conciencia del estado de soledad. En la segunda, el trueque sutil y consecuente del sentimiento de soledad por el de angustia. Coincide esto con la aparición del hombre (indirectamente, "la casa del hombre") sobre el que pesa, como centro, toda la estructura de la página. La soledad, por abstracta que parezca es un estado que se asocia con la experiencia objetiva; la angustia responde a una determinación subjetiva, una de cuyas manifestaciones externas puede ser la visión de un solitario, pero sólo como circunstancia ejemplar y nada más. Un profesor de literatura irá a descubrir al autor, su estilo, sus sentimientos, detrás de cada palabra, y su sentido recogido e íntimo: "vi un árbol solo", "me despertó el amor al bosque"; la austeridad sugerente y contenida, la ceñida belleza de la descripción, en el leit motiv del árbol en distintos escenarios, pero sustancialmente igual en todos: solo. Así el hombre con su vida y su destino; con su fatalismo y su laconismo interior, arraigado al suelo, a su lugar, como el árbol. Porque en Morosoli otra imagen no podía establecer el paralelo. Ni la del río, ni la del fuego, nada que sugiriera un devenir, sino un ciclo vital determinado y firmemente limitado, repetido, eso sí, hasta el infinito, tan imposible de abarcar y ausente, como la imagen de lo divino.

Si un poeta viera la página, recordaría tal vez a Antonio Machado y establecería un paralelo tan importante como para situar a Morosoli en el plano del poeta sevillano. Podría detenerse en cualquiera de las imágenes y establecer, en una sola expresión, el más elocuente de los poemas: "Un árbol solo, achaparrándose, hundiéndose en su propia sombra, empujado por la luz, en el mediodía de enero". En primer término, la literalidad armoniosa y su belleza plástica; en segundo término, el símbolo. Al hombre lo empuja la luz y éste se hunde en la sombra. Mejor todavía, el hombre es luz y sombra, carne y espíritu. De otra manera: deslumbrado por los bienes mentirosos (oh manes de Manrique) procura acumularlos y se abalanza sobre



MONTARAZ

ILUSTRACION DE BONILLA

CIELO, piedra y monte. El golpe de las hachas resuena entre las pausas. A veces, el choque de un árbol que muere.

López llegó la noche anterior. Cuatro horas largas de Aiguá a Valdivia, cortando campos. En fila. Asidos a las puntas de las bolsas que formaban joroba en las espaldas. Las sierras eran lomos enormes de lagartos. Tabeira encontraba los trillos en los bajos donde el monte se aprieta.

Caballero iba detrás de López, decía:

—Por acá pasan los Sosa con los cargueros.

Pérez que tumbó un árbol arma un cigarro. Se acerca, ofrece:

—¿Pita?

López mueve la cabeza. Se da cuenta que no rinde. Allí el trabajo es a destajo. Ya se tuvo que atar un pañuelo en la mano por donde resbala el mango.

Tiene las manos hinchadas de cansancio. Pérez aconseja:

—Deje que el cuerpo vaya solo.

Una semana dura la primera. Amanecía con el griterío de las pavas. Tabeira armó un esqueleto de ramas. Cortaron maciegas de paja mansa. Caballero la punteó con alambre fino. Pérez cocinaba en un fogón contra unas piedras altas.

Al tercer día se acabó la carne que colgaba en lo alto de un árbol.

—¿Por qué no consiguen en la estancia? —aventuró López.

—Esa gente se cree que si mata una oveja, se pierde la zafra de lana.

Comían bichos del monte, que cazaban con trampas.

Cuando apareció tocándose la cara, Tabeira largó la carcajada.

—Lo ensartó la aruera.

Le había tocado una rebolada de arueras cenicientas. Mucho rato a la sombra y tocando los troncos.

Pérez, un pan de bueno, le había dicho:

—Dígale buenas tardes que no le hace daño.

Después se comidió:

—Voy a traer molle y le hago un té.

Lo hizo hervir en una lata, le preparó el mate.

—La aruera es como una mujer, hay que tratarla con cariño —concluye Pérez.

En la noche despertaron con el griterío de los horneros. Sintieron ruido de caballos cruzando el arroyito.

Tabeira silbó. Casi brotando del agua apareció otro silbido.

—Los Sosa.

Caballero encendió un farol. Comenzaron a aparecer los caballos, uno detrás del otro. Con fardos que ni se movían en los lomos. Botellas abrazadas en las lonas, sin música ninguna.

Ni desmontaron. Uno de los Sosa preguntó algo.

—López —contestó Tabeira.

Dejaron café, dulce y tabaco. Pérez guardó dos botellas de caña.

—Y pensar que capaz que no llegan al pueblo!

El disgusto comenzó con una broma. Pérez había ido a buscar agua para la cena. Tabeira revisaba el fuego del horno. López y Caballero se combinaron. Trajeron una víbora que Caballero había muerto esa tarde, la enroscaron junto al fogón y con un alambre le dejaron la cabeza pronta para el ataque. Se alejaron hasta unas piedras y quedaron tomando mate.

Pérez demoró en regresar. Fue Tabeira el que pegó el grito:

—Cuidado, que hay una crucera.

Con la primera rama que tuvo a mano le descargó un golpe como un hachazo.

Pérez había dejado los baldes en el suelo y traía las manos cargadas de piedras.

Tabeira la tomó de la cola y revoleándola la tiró lejos. Después se limpió las manos en el pasto lleno de rocío.

—Lindo para darles una manga de palos.

Caballero y López se acercaron.

—¿Qué pasó?

—Estoy hablando con el dueño del circo y no con los monos —contestó Tabeira.

Pérez apaciguaba:

—No fue nada.

Están los dos. Quizás casualidad. Salieron al atardecer al trote. La orden era detener los cargueros en el caño aquel que formaban los árboles. El trillo por donde se iba al carbonal.

—Si meten balas, metemos —dice Caballero.

López va callado. Con ganas de mandar todo al diablo. No es miedo lo que siente.

—Son los Sosa, ¿no te acuerdas cuando estabas en el campamento?

—La orden es la orden.

Aguardan. Las nubes corren y corren bajo la luna. A veces un balido llega desde una ladera. Los caballos están tranquilos. De pronto López monta.

—Estoy con sed.

A dos cuadras está el arroyito.

—No demores que se nos pueden venir.

Caballero escucha. El silencio forma un pozo enorme.

El caballo de Sosa, el que venía al frente, pegó un bufido y se detuvo.

Sosa taloneó pero el caballo tenía las orejas erguidas como señales. Los que venían atrás se fueron deteniendo.

La luna apenas alumbraba pero el hombre encontró el sendero cerrado con palos atravesados atados con embira. Los retiró con lentitud.

—Vayan pegando la vuelta.

La voz era de musgo, resbalando hasta el fin.

López ya estaba con Caballero cuando el primer teruteru clavó su grito. Después sintieron como un roce de piedras lastimando la noche.

Una nube algodonó de sombras. Pausa.

—Están llegando al agua —murmuró Caballero.

López martilló el revólver.

—¿Oyes?

—Nada.

Cielo, piedra y monte. El golpe de las hachas resuena. López volvió anoche con Tabeira y Pérez.

Ahora silba. Ya se olvidó del uniforme.

Ricardo Leonel FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

---

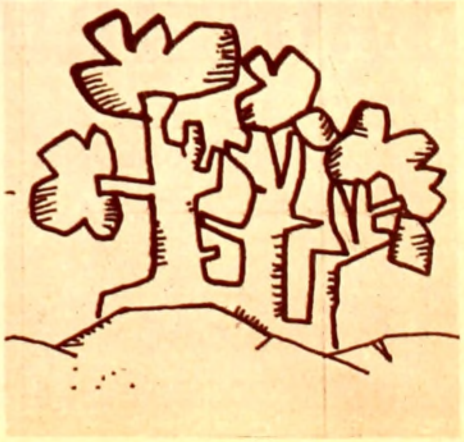
ellos, se achaparra en las riquezas materiales. O de otra: la luz no hace mirar al hombre el cielo sino el suelo, ya sea porque éste se equivoque mientras busca su fin, ya porque es más sabio o por la sentencia de la famosa serpiente: "Seréis como dioses"... Y otra, otra, otra explicación más, sin que ninguna satisfaga mejor que la visión primaria del árbol —muy uruguayo o muy ombú, que es lo mismo— rechoncho de sombra cuanto más castiga la solana. Como el hombre replegado en sí mismo cuanto más duro lo castiga la vida; que se hace sabio de adentro y humilde y solo de afuera. Esa expresión tan española "achaparrándose", como si ch, n, rr, tuviesen un contenido especial, un señorío que se remansara en la ese final que apaga el explayamiento.

El misterio de las fuerzas de la vida contado a lo San Juan. Y cualquier lector, se quedará también en el vestíbulo. Un arbolito, una casita como una piedra blanca vista de lejos y dirá: ¡qué lindo es el campo! como si sonsamente así lo descubriera. Porque lo bueno es blanco, liso, inodoro, incoloro. Y lo que más se ambiciona justamente es ese tipo de captación simple, de lectura y lector vírgenes. Y cuando no es el árbol, es la lluvia que junta la peonada en los galpones, o la visión del aguatero que levanta el agua del arroyo hasta la copa con la amorosa gracia de su oficio; el bravo domador que sin león y sin circo se convierte en quintero; la geografía que se aprende a través del negro Félix, el yuyero; la alegría de la chacra escasa en medio del campo abierto; el sacrificio de los carboneros; la espera paciente del garcero en el esteral, del que sale con las manos llenas de "nubes de plumas rosadas y blancas". Desfilan esas cosas y esos seres como un río, sí, porque el autor, Juan José Morosoli, dice del arenero Perico, algo que se puede aplicar a todo el libro: "porque él tiene arena dulce y rubia en el fondo". Ese es el fondo de lo que estábamos buscando. Una lectura que nos amanse el espíritu en la visión de lo simple, lo bello, lo humilde y lo bueno.

Mª Ester CANTONNET

(Especial para EL DIA)

Nota: Se utilizó la edición de "Perico" que en 1964 sacara el sello "Ediciones de la Banda Oriental", Colección Hornero, con portada e ilustraciones de Ayax Barnes y Carlos Pieri y que estuvo al cuidado de los Talleres Gráficos de Comunidad del Sur. Montevideo.



MEXICO - TENOCHTITLAN

SUS TEMPLOS

SEGUIR cargando el fardo de la destrucción de las antiguas culturas americanas a los españoles, aun cuando es así, nos resulta, ya a esta altura de la historia una repetición, y quizá la existencia de un complejo de incapacidad americano. Ya no se hace nada con machacar sobre tema tan desmenuzado, sí, se puede recordar a Federico Schiller cuando socarronamente, sobre el tema, escribe: "Hicieron una cruzada por el espíritu: despojaron al Perú de sus vanas riquezas y castigaron a sus infieles habitantes atándolos a sus carros como bestias de tiro".

Para situarnos en nuestro tema de hoy debemos, a modo de explicación, regresar unos pasos por el viejo trillo, que ya, como colaboración a la historia, nada da.

La antigua capital de los aztecas: México-Tenochtitlán, fue completamente arrasada por Cortés, tan meticulosa fue la labor que lo poco que se salvó del tremendo sitio que soportó, fue quemado y posteriormente demolido. Es por ello que cualquier estudio sobre la arquitectura de esa ciudad capital se deba ceñir a lo que sobre ella escribieron los cronistas que, directamente observaron los edificios, la ciudad en general, así como a los prolijos recopiladores de datos fidedignos, cuyo ejemplo es Fray Bernardino de Sahagún, que con prolijidad absoluta anotó datos referentes a todos los aspectos de la vida política y social de los aztecas tomando como informantes de los últimos nobles y descendientes de los príncipes aztecas, a los artesanos, y a todos aquellos que directamente podían referirse a un tema de su conocimiento. Y, desde hace unas décadas, contamos con los trabajos de excelentes resultados, que sobre el particular y especialmente sobre los templos de México han realizado el Arq. Ignacio Marquina y sus colaboradores.

Ese grupo, luego de cuidadosas excavaciones en pleno centro de la hoy ciudad de México, y por supuesto que respaldados por un profundo análisis de la bibliografía existente, han arribado a conclusiones valederas sobre las formas y dimensiones de los principales edificios, los templos y palacios de la antigua capital azteca sobre cuyos cimientos se levanta la moderna ciudad de México.

A poco más de una cuadra de la Catedral de México existe un pequeño Museo, construído sobre el foso, todavía abierto, en el que se pueden observar los cimientos, un remate de una gran escalera y fin de alfarda, taludes, monolitos, etc., pertenecientes a el legendario Templo Mayor de la ciudad dentro del mundo azteca: México-Tenochtitlán. Ese Museo Etnográfico presenta como elemento medular del mismo, en una mesa de unos 25 metros cuadrados, una maqueta de varios de los templos de México, entre los que descuella el Templo Mayor.

Esa obra formidable por su seriedad, nos referimos a que la reconstrucción fue hecha con respaldo científico, es el producto más consciente de Marquina, y efectuada por la directora del Museo, Carmen de Antúnez con la colaboración del especialista, ingeniero Calderón Peza. Se trata de la única obra de su tipo que ha sido posible realizar, ya que de los otros edificios, fuera de los que rodean al Templo Mayor y se hallan todos dentro del "recinto sagrado", no se tienen datos precisos como para emprender una reconstrucción.

El "conquistador" de México, Hernán Cortés, en su "Carta Segunda de Relación" (1), que fuera dirigida a Carlos I de Alemania y V de España, en la parte que describe la ciudad de México, hace mención especial sobre el Templo Mayor al que llama "mezquita", sus palabras son las siguientes: "...y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della; porque es tan grande, que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, *podrían bien facer una villa de quinientos vecinos*. Tiene dentro deste circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en los que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. *Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla, etc., etc.*". El subrayado es nuestro. Cuando leemos estas frases no debemos olvidar la grandeza y fastuosidad de los templos cristianos en Europa, y si a pesar de tal, tanto impresionaron a Cortés nos inclinamos a creer que realmente se trataba de obras arquitectónicas formidables. Esa "mezquita" que describe Cortés no es otra cosa que el Templo Mayor y los que lo rodean.

Lamentablemente, repetimos, no se poseen datos sobre el conjunto de la ciudad, la que sabemos hermosa y con edificios, planificación general digna de admiración, para constatar ello nos referiremos a un pasaje de la obra "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España", escrita por el veraz soldado de la "conquista", Bernal Díaz del Castillo: "Y desque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parescía de las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues (2) y edificios que tenían dentro del agua, y todo de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que sí aquello que veían, si no era entre sueños, y no es de maravillar... ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como víamos" (3).

La ciudad entera fue objeto de la admiración por parte de los españoles, no olvidando que entre los soldados "conquistadores", había algunos que en el Viejo Mundo habían peleado a las órdenes del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, y por ende conocían las grandes ciudades de Europa, aún teniendo ello en cuenta el espectáculo que brindaba la ciudad de México les produjo profunda admiración.

México-Tenochtitlán había sido levantada en medio de una laguna, en la que alternaban calles y canales, los jardines flotantes o "chinampas", todo un vergel de maravillarse de lo que sólo queda un recuerdo ya que con posterioridad a la toma de la ciudad los españoles secan la laguna y el Valle de México sufre un cambio ecológico que hace que hoy día en la época seca haya polvo en demasía y que el vergel haya desaparecido.

Una gran muralla de quinientos metros de lado, conocida como el "recinto sagrado", daba albergue a los más notables edificios religiosos de la ciudad, el centro de los cuales era ocupado por el Templo Mayor. De la muralla nacían las tres grandes calzadas que comunicaban con el resto del mundo azteca, por medio de grandes puertas cuyos dinteles eran sostenidos por dieciséis columnas; éstas eran situadas en filas dobles, o sea que de frente se observaban grupos de ocho. Se conoce bastante, pero no así todos los elementos decorativos que en forma de esculturas en piedras engarzadas decoraban esas estructuras. Era sobresaliente la escultura que a modo de escudo empotrada en el centro del tamaño de un hombre y que podía ser un águila, un tigre o un personaje mitológico.

El Templo Mayor de México-Tenochtitlán era dedicado al culto del dios supremo de los aztecas: Huitzilopochtli, en origen se trataría de un poderoso mago o hechicero que guió a la tribu antes de establecerse, durante su peregrinación en busca de la tierra prometida por los dioses tutelares. El lugar de su afincamiento, el final de un extenso y desconocido tiempo de deambular, fue fijado por señales míticas en las riberas e islas del Lago de México. Una vez establecido, mediante un sistema de gobierno religioso guiado por un supremo ideal de unidad, logran conquistar el resto de la tierra y pueblos que la circundan, una vez impuestos, en un término no mayor de doscientos años pasan de ser una tribu a un estado organizado en confederación de la cual son la cabeza.

No se conoce la fecha en que habría muerto el mago o hechicero que guió a la tribu, siendo muy probable que hayan ocultado ese hecho para hacerle inmortal e indicar que habría partido al "más allá" con el fin de velar por su pueblo. El mito que crearon sus sucesores dice que se transformó en el sol a su desaparición de la tierra, que es necesario hacerle constantes sacrificios humanos entregarle palpitantes corazones humanos, para aplacar una posible ira y que no se demore en el mundo de las tinieblas, que luche a diario con las estrellas (Centzon Mimixcoa), con los planetas (Tzitzimime), es así que se cultiva una especie de canibalismo solar.

El astro rey exige la sangre caliente de los corazones recién arrancados de los hombres que su pueblo debe hacer prisioneros en una continua guerra santa (la Guerra Florida). Es así que los sacerdotes, por medio de un mito y consiguientemente de un ultra necesario aparato religioso, aseguran al estado una guerra continua ,una preparación para la guerra y las conquistas de todos los habitantes, de todos los ciudadanos. Es comprensible ahora entender el fenómeno de la rápida ascensión de ese pueblo, de los vastos dominios logrados.

El Templo Mayor era, pues, el templo donde se veneraba al dios supremo, aquel cuya religión imponía el sacrificio humano y que permitía el canibalismo siempre que se efectuara sobre la carne de todo hombre sacrificado al dios que se adueñaba de su corazón, sagrada era entonces su carne.

Feroz y triste a la vez, era esa parte del aparato religioso azteca, la que aún así no justifica que el pueblo que lo profesaba haya sido arrasado, que su cultura haya sido aniquilada y que los hombres que se salvaron de la exterminación fuesen herrados en el rostro, peor que las bestias, por los "conquistadores".

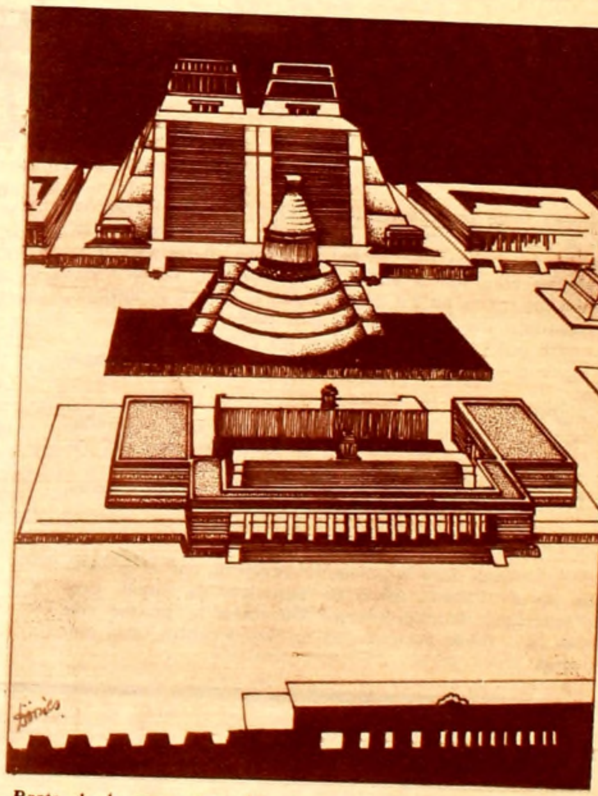
Dentro del muro alto, encalado y rodeado de serpientes de piedra, se hallaban los templos de varios otros dioses entre los que descollaban Tlaloc, el dios de las aguas, Quetzalcoatl, el más antiguo, el maravilloso hacedor de un código de amor entre los hombres, de perdón, de redención mediante el trabajo y la invención de obras de arte. Extraño dios que nace en Teotihuacán antes de nuestro Cristo, y que su figura y nombre perduró entre los diferentes pueblos que se sucedieron en la hegemonía del Valle hasta que lo toman los aztecas trastocando por completo sus doctrinas.

Es muy importante señalar que dentro del "recinto sagrado" se hallaban pequeños templos destinados a los dioses extranjeros, de los países conquistados, los que se hallaban "prisioneros" de los sacerdotes aztecas, bajo la mirada vigilante del temible Huitzilopochtli.

Raúl CAMPA SOLER

(Especial para EL DIA)

(1) Edición Calpe, Madrid, 1922, T. I, Pág. 101.
(2) Cuando Bernal Díaz escribe "cues" se refiere a los templos, que situados sobre estructuras tronco piramidales son particulares a la América Precolombina y a ciertas regiones de Asia.
(3) Edición Espasa - Calpe, Argentina, 1955, Cap. LXXXVII, Pág. 183.



Parte de la maqueta existente en el Museo Etnográfico de Ciudad de México. Observamos en primer término el muro almenado y una puerta con columnata, donde nacía la calzada de Tacuba. Siguiendo hacia el frente tenemos el juego sagrado de pelota, hoy una esquina frente de la Catedral de México, y más adelante el templo circular en honor a Quetzalcoatl, hoy día la otra esquina frente de la Catedral. Al fondo del todo la gran pirámide con el Templo Mayor, en cuyo centro, en lo que era el espacio entre sus dos escalinatas, nace la Calle Rep. de Guatemala. Hacia la derecha de la gran pirámide se puede observar una parte del palacio de Moctezuma II, sitio hoy día ocupado por el Palacio Nacional de México, sede del Gobierno. El dibujo es de C. Dörries, propiedad de Tipográfica Editora Argentina, cedido en original para EL DIA de Montevideo.



EDGAR RICE BURROUGHS'
Tarzan®
COMIENZA LA LARGA VIGILIA... LAS ÁGUILAS SE POSAN EN EL BORDE DE LA CIMA... Y LA TRIBU ARES ESPERA MIRANDO HACIA ARRIBA...
LOS GUERREROS ADQUIEREN VALOR ANTE LA PRESENCIA DE SU "SALVADOR"
LEJOS DE LA JUNGLA, EN LA PEQUEÑA CIUDAD DE TIMBALA, LLEGAN 3 JINETES.
CAFE
Tm. Reg. U. S. Pat Off.—All rights reserved
Copr. 1964 by United Feature Syndicate, Inc.
UN SOLITARIO TESTIGO CONTEMPLA EL ARRIBO.
FRENTE AL BANCO LOCAL, DESMONTAN Y DESENFUNDAN LOS REVÓLVERES.
BANCO
...Y ENTRAN...
¡MANOS ARRIBA!
¡DEJE EL CAJÓN Y DEME EL DINERO!
YO, ESTE...
-1755
¡NO SE LO LLEVARÁ! OHHH....
BANG!
¡TONTO!
JOHN CELARDO

en su rebaja TOTAL!

DE TEMPORADA INVERNAL





Soler TIENE!
Soler CONVIENE!

Escocés y géneros de lana lisos, franelas a cuadros y estampadas **$ 21 50**

Piel de Durazno en colores de gran actualidad **$ 32 50**

Tweed y Géneros de lana lisos **$ 39 50**

Casimires Crep de lana y Tweed **$ 49 50**

Georgette, Lanas Angoradas lisas y fantasías, Tweed y Casimires **$ 59 50**

Jersey de lana, Paños Rústicos, Casimires, Paños Angorados Liberty y Tweed **$ 69 50**

Tweed, Pied de Poule, Pelo de Camello, Casimires, Sarga, Gabardinas y Lanas Rayadas **$ 85**

Natté Fantasía, Ottomano, Casimires, Lanas trama telar, Pied de Coq y Tweed, Pelo de Camello fantasía y Jersey Jacquard **$ 95**

Tweed Espigado, Pied de Poule, Casimires, Pelo de Camello, Paño Liberty, Franela Casimir y Paño Vicuña **$ 115**

Pelo de Camello fantasía, Natte, Charmelain, Lanas Angoradas, Pied de Poule, Tweed y Casimires **$ 75**

estamos preparando la Inauguración de la esq. TOTAL! 18 y Río Branco para que Ud. compre con comodidad TOTAL!

Lanas Laminada, Boucle Mohair, Tweed, Zibeline Reims y Mohair **$ 185**

Mohair, Paño Velour, Tweed Boucle, Paños Tellbury y Balmoral **$ 145**

● CASA MATRIZ: Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61 ● SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11 ● SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi Rio Branco - Tel. 9 40 59 ●
SUC. UNION: Av. 8 de Octubre 3790/94 - Tel. 5 40 35 ● SUC. ARTIGAS: Av. José G. Artigas 558 - (Las Piedras) ●